Las damas se lo agradecieron; y por no tener cavallo el emperador, las bizarras damas no cavalgaron y así todos tres a pie començaron a caminar y llegando a la nave se enbarcaron. Y como las damas no vieron partir la galera con la ligereça que avía venido, mandaron a los marineros que endereçasen a Rosia y con mucho contento ivan todos, hasta que les sucedió lo que se os dirá. (ff. 154v-156v).

41. **FLORAMBEL DE LUCEA** (I-II)

de Francisco Enciso Zárate
(1532)

por
María del Rosario Aguilar Perdomo

TESTIMONIOS

a) Primera parte, libros I-III
[1] Valladolid, Nicolás Tierri, 1532 (22 de junio) [→]
[2] Sevilla, Antonio Álvarez, 1548 (7 de abril)

b) Segunda parte, libros IV-V
[1] Valladolid, Nicolás Tierri, 1532 (25 de septiembre) [→]
[2] Sevilla, Andrés de Burgos, 1548 [colofón: 1549] (26 de enero)

TEXTOS

1. De cómo Florineo le otorga un don a la doncella Clarinea a causa del más lebrel del mundo

Y esto acordaron todos cuatro un día que fueron a monte, lo cual acotumbravan de fazer muchas vezes por ser la tierra de muy buenos montes y de ley todas las florestas. Y aquel mismo día les acaesció que volviéndose para la ciudad con propósito de pedir al rey el don que tenían concertado, yendo por su camino vieron ir una donzella por la vía que ellos llevavan de estraño hábito y fermosura, la cual iva sobre un palafrén bayo muy fermoso y bien garnido y llevava de traílla un can, el más estraño y maravilloso que se nunca vido, el cual era todo blanco como una paloma y de estremada grandeza, porque era poco menor que el palafrén de la donzella y era de talle de lebrel, y tan fermoso que estraña cosa era de ver, y tenía al cuello un collar de oro de maravillosa labor, asaz rico. Y la donzella llevava en la mano una cadena de plata que se atava al collar del can, y ella vestida en hábito de monte. Y como los donzeles a ella llegaron no fueron poco maravillados de ver una cosa tan estraña, y llegándose

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1767 y 1772. **Estudio**: Rojo Vega (1989).

más cerca la saludaron muy cortésmente, y ella otro sí les tornó las saludes en lengua estraña; mas los infantes, como eran enseñados en muchas lenguas, luego lo entendieron. Y Florineo que estava muy codicioso de saber las aventuras del mundo le fabló en su lengua y le dixo:

–Mi buena señora, si vos paresciere género de mala criança fablar a quien no conosco, ruégovos que me perdonéis, y si es cosa que sin aventura nada podéis dezir, nos digáis por cortesía quién y de dónde sois, y la demanda que tra[é]is, porque estos señores y yo somos donzelles que desseamos mucho saber las cosas estrañas del mundo.

La donzella que tan mesurada y sabiamente le vido fablar miró más en él que de primero, y como le vido tan fermoso y ricamente guarnido luego pensó que devía ser Florineo de Lucea, a quien ella venía a buscar, y faziendo finta que le no conocía respondió:

–Fermoso donzel, yo soy una donzella estraña de llueñes tierras, en las cuales se acostumbra mucho el caçar y se crían tales canes como éste que vedes, y allá oí dezir cómo acá en esta vuestra ay muy buenos montes adonde os exercitáis mucho en la caça, por lo cual me tomó codicia de los venir a ver por ver la ventaja que fazen los unos a los otros, y traxe comigo este fermoso lebrel por ver si por codicia dél querrá alguno emprender lo que otros con gran cobardía no han osado.

Y ellos que vieron que la donzella se quería encobrir no le demandaron más de su fazienda, antes le rogaron que pues venía a ver montes que se detuviesse en aquel que era muy bueno y que allí verían lo que aquel fermoso can sabría fazer, y ella lo otorgó de buen grado. Y metiéndose por la floresta no tardó de salir un oso muy grande, al cual el can salió y acometió tan bravamente que assí le degol[l]ó como si fuera un cordero; y lo mismo fizo a dos puercos muy espantables que toparon aquel día, de lo cual no poco espantados fueron los donzeles; y cada uno d'ellos lo desseava para sí, y más Florineo que nadie, que no uviera cosa por grande que fuera siendo suya que él no diera por él para lo presentar al rey su padre, que era el mayor montero de coraçón y obra que avía en el mundo, y con desseo que uvo del can dixo:

–Buena donzella, ¿avría cosa en el mundo porque vós diéssedes ese can?

Y ella respondió que sí, y él le dixo que por qué cosa lo daría. Y ella le respondió que primero le diría quién era, ya por eso no quedara ni dexara de lo saber. Dixo él:

–Ca sabed que a mí llaman Florineo de Lucea y soy fijo del rey Aquilanio de Esocia que es señor d'esta tierra.

Cuando la donzella esto oyó, se le humilló mucho y le pidió muy afincadamente que la perdonasse porque no le avía fablado con la cortesía que merescía por no averle conoscido, y díxole:

–Mi buen señor, no ay persona en el mundo a quien yo dé el fermoso sino a vos, mas á de ser con condición que en pago d'él me avéis de otorgar un don cual yo vos demandare.

Y el infante estava con tanto deseo del can que luego se lo otorgó y ella le entregó el can y començaron su camino fazia la ciudad fablando de muchas cosas. (I, cap. 2, ff. 2v-3r).

2. Cardenia requiere de amores a Florineo

Cuando la donzella Cardenia se vido en el batel con aquel que tanto amava fallóse la más congoxada muger del mundo, porque diversos pensamientos la combatían: de la una parte, amor, y de la otra, vergüença; de la otra

el temor que tenía de ver aquel que tanto amava puesto en aventura de muerte si Corniel entrava en batalla a su causa. Y pensando en todas estas cosas no sabía en qué se determinar, y maldezía muchas vezes a su tía la Dueña del Fondo Valle porque en tal cuidado la metiera; y en fin tuvo por mejor aunque recibiesse alguna afrenta descubrir su coraçón a Florineo que vivir con tanta cuita, y estando un día después de aver comido assentados al borde del batel mirando la mar, le començó a dezir:

–Mi buen señor Florineo, ruégovos que no tengáis a desonestidad ni maldad lo que vos quiero dezir, pues si lo es, vuestra fermosura y bondad son causa d'ello, y es que avéis de saber, mi verdadero señor, que desde la primera ora que os vi me aquexa tanto el vuestro amor que no pudiéndolo más sufrir determiné de pediros ayáis duelo de mí, y devéislo de fazer, porque si viesse que después de averme descubierto a vos dezir esto no lo tomásedes de buen grado, me echaría a la hora de aquí ayuso donde en un punto pereciessen mi desvergüença y vida.

Y esto dezía con tanto fervor que muchas lágrimas derramava por las sus fazes. Cuando Florineo tal cosa oyó, fue mucho turbado, porque aunque avía conocido d'ella que le avía buen talante no cuidó que a tanto se estendía, y según lo que en ella conosció, bien vido que si no le respondía bien de fecho se lançaría en la mar, y por no dar lugar a esto le respondió:

–Mi buena amiga Cardenia, no me tengades por cavallero tan sin mesura que no sepa agradescer al que bien me faze y dessea, y conosciendo yo de vos tan grande amor y aviéndomelo manifestado os quedo tan obligado que no sé cosa con que vos lo pague sino con otro tal, el cual yo vos tenía y tendré de aquí adelante, aunque no por la vía que fasta aquí.

E diziendo estas y otras muchas cosas de grande amor la asosegó y le dio muy buena esperança de cumplir toda su voluntad [...]. Y ansí anduvieron tanto fasta que fue de noche, la cual les tomó muy escura en un verde prado junto a una fuente que estava casi en el camino. Y como vieron tan buen lugar para descansar, acordaron de quedarse allí aquella noche; y quitando los frenos a los cavallos y al palafrén los dexaron pacer de la yerva que assaz avía en el campo; y después Lelio sacó de cena, que del batel tomara algunas cosas pensando lo que avía de ser. Y como ovieron cenado, Lelio tendió su manto en el prado, donde Florineo albergasse, y él y la donzella se apartaron cada uno a su parte por lo dexar dormir, y él se tendió sobre el manto teniendo el escudo por cabecera; mas la donzella, que en tal trance se vido, no se le olvidó lo que Florineo le prometiera, antes estuvo aguardando a que Lelio se adormiesse, y cuando lo vido adormido levantóse muy passo y se fue adonde Florineo estava; y él como la vido no le pesó con su venida, antes se desarmó muy passo ayudándole Cardenia, y después los dos se tendieron sobre el manto, donde con gran plazer de entrambos folgaron la mayor parte de la noche. Y Florineo quedó muy pagado de la donzella, porque era muy fermosa y apuesta y nunca a otra conosciera de aquella guisa, y sobre todo era muy graciosa. Y ansí estuvieron mucho a su sabor fasta que el alva venía. Y sabed que aquella noche Cardenia se fizo preñada, y venido el tiempo parió un fijo de quien adelante la historia fará larga mención, que fue uno de los buenos cavalleros del mundo. (I, cap. 6, ff. 6r-v).

3. El nacimiento de don Lidiarte del Fondo Valle

Y cuando Cardenia le echó menos [*a Florineo*], la cual le atendió fasta la noche, como vido que no venía, luego pensó que se hera ido y fizo pesquisa por el lugar donde le dixeron que llevava otras armas, por lo cual fue certificada del todo de su partida. Y cuando se cierto lo supo, pensó de morir de pesar, y fazía tantas cosas que si no fuera por su padre de fecho le fuera buscar, mas por su temor no osó. Y ansí quedó con mucha tristeza fasta de allí algunos días se sintió preñada, lo cual le causó gran alivio y consuelo por quedarle casta de tan alto príncipe y tan buen cavallero. Y propuso en su pensamiento de no ser casada ni conoscer a otro hombre en su vida, la cual assí cumplió como adelante lo oiréis. Y viendo que ya el tiempo de parir se le acercava, acordó de ir a la casa de su tía la Dueña del Fondo Valle, porque allí podría parir más encubiertamente que en otra parte alguna por ser su tía; y demandando licencia a su padre diziendo que quería ir a ver a su tía, se fue para allá. Y la sabia dueña la rescibió muy bien y le dixo toda su fazienda, que la sabía tan bien como ella. Y allí estuvo fasta que se cumplió el tiempo que avía de parir, y venido el día parió un infante, el más fermoso del mundo, con el cual se folgó Cardenia demasiadamente, y mucho más la dueña, porque sabía que avía de ser uno de los mejores cavalleros del mundo; y faziéndolo cristiano, le pusieron nombre don Lidiarte del Fondo Valle, porque nasciera en aquel valle, y allí lo criavan con la mayor diligencia que podían. (I, cap. 9, ff. 9r-v).

4. La hermosa infanta Beladina se enamora de Florineo, el Caballero del Salvaje

Y como venía algo cansado, dando el escudo a su escudero, se quitó el yelmo viendo que no avía allí quién le conosciesse y púsose en la cabeça un fermoso chapeo blanco con muy ricas piedras que la infanta le mandaría dar; y como venía encendido con el calor y trabajo que passara quedó tan fermoso que los cavalleros que no le avían visto fueron muy espantados y pagados d'él, y más la infanta que nadie, porque como le vido tan apuesto y avía visto las maravillas en armas que fiziera puso tanto los ojos en él que sin poder resistir las fuerças de Venus fue tan presa del amor de Florineo que no tenían ningún descanso sino cuando lo mirava, aunque ella lo encobría lo mejor que podía, porque hera muy entendida y honesta donzella. (I, cap. 10, ff. 11v-12r).

5. De cómo Beladina seduce al valeroso Caballero del Salvaje

Y en este medio tiempo, la infanta mandó adereçar grandes fiestas en el castillo del Deporte, que ansí se llamava un fermoso castillo que tenía en cabo de todo el reino sobre una ribera de un río que por junto a él entrava en la mar, y estava assentado al pie de una montaña tan áspera que por maravilla arribava allí persona nascida, porque estava en la más apartada tierra de todo el reino de Irlanda; y en él avía tan fermosas y ricas moradas y vergeles y huertas de tantas arboledas y tan sabrosas fuentes que lo más del tiempo fazía en él su habitación el rey de Irlanda, padre de la infanta cuando era bivo, y por ser tan deleitoso y apartado le llamavan el castillo del Deporte. Y allí acordó la infanta de llevar a Florineo y fazerle tantas fiestas y plazeres que le ganasse la voluntad para que oviesse por bien de se casar con ella y procurava todo cuanto podía

por lo encender en el amor que ella ardía; y como era niña y tan fermosa y loçana, él estaba muy pagado d'ella, mas no tanto que le fiziesse mudar su propósito [...] Y llegados a él [el castillo del Deporte], Florineo fue muy maravillado de ver tan rica morada en lugar tan apartado y áspero, y cuando fueron dentro nunca fazía sino mirar la fermosa y estraña labor, assí del castillo como de las cámaras y huertas y fuentes que en él avía y dezía que en su vida viera cosa tan rica y deleitosa como era aquel castillo, y allí estava tanto a su sabor que le semejava estar en el paraíso terrenal, porque luego como llegaron aquella fermosa infanta mandó poner las mesas junto a una sabrosa fuente a la sombra de unos árboles muy fermosos y olorosos, adonde comieron con mucho plazer, y los cuatro escuderos y Lelio servían al Cavallero del Salvaje y dos donzellas a la infanta, y las otras cuatro estavan tañiendo y cantando muy dulcemente, porque la una tañía un laúd, y la otra un dulce mel, y todas se concertavan tan bien y fazían tan dulce armonía con sus suaves cantos que le parecía a Florineo que en su vida oyera cosa que tan bien le paresciesse. Y allí fueron tan bien servidos de tan diversas y buenas viandas y tan abundosamente como lo fuera en la corte del rey de Inglaterra. Y Florineo estava maravillado del rico y alto servicio que la infanta le fazía y bien vido que no avía cosa en el mundo con que le pudiesse pagar lo mucho que le devía, y si no tuviera memoria de las aventuras y cosas de las armas, cierto se casara con ella por la complazer, mas acordándosele d'esto, no veía la hora de ser salido de aquel lugar, porque le parecía que recebía mucha vergüença en estar allí sin fazer cosa de que honra pudiesse ganar. Y cuidando en todas estas cosas estuvo fasta que ovieron comido. Y las tablas alçadas, la infanta mandó a sus donzellas y escuderos que se fuessen a comer; y tomando ella el laúd en sus fermosas manos començó a tañer y cantar tan suavemente que Florineo quedó espantado de la oír; y con mucha gracia y melodía dio principio a una dulce canción que dezía:

Pues que amor y mi ventura
me hizieron tan desdichada
de amar do no soy amada
viviré siempre en tristura.
Con tristura y sin plazer
viviré pues que mi suerte
me ha causado cruda muerte
sin yo gelo merescer.
Y pues que mi desventura
mme fizo tan mal hadada
de amar do no soy amada
viviré siempre en tristura.

E como estava tan ferida del amor dezíala tan bien y con tanto dolor, mezclando con el suave canto tantos sospiros, que como era niña y fermosa no pudo tanto la fortaleza de Florineo que pudiesse resistir a las fuerças de Cupido para que su bravo coraçón no fuesse traspassado con las palabras de la canción, las cuales encendieron en él un tan sabroso fuego de amor que jamás se le mató. Y cuando la infanta dio fin a su dulce música, él quedó tan pagado d'ella que de todo en todo se determinó de no entender sino en servirla y en fazer cuanto ella le mandasse con tal que no le estorbasse de buscar las aventuras y seguir las armas. (I, cap. 15, ff. 21r-v).

6. El nacimiento y rapto de Florambel de Lucea

Y en este tiempo ya la infanta estava grand preñada, porque se acercava el tiempo en que avía de parir y tenía todas las cosas necessarias y a

punto cuando una tarde ya de noche le tomaron los dolores del parto y, como era niña y no acostumbrada a tal menester, vídose en mucho peligro y retráxose a una rica cámara que aparejada por aquello estava, solamente con Florineo y Filena y Lelio, y mandó a todos los otros del castillo que se fuessen a dormir y que nadi fiziesse ruido porque no se sentía muy buena. Y después de todos retraídos, Florineo la tomó en sus braços y la començó a esforçar mucho diziéndole palabras de grande amor. Y como la ora hera llegada, la infanta parió un niño en las manos de Filena, el más fermoso y marvilloso que se nunca vido, porque era tan grande que Filena avía harto que fazer en lo tener en sus braços y luego lo enbolvió en muy ricos paños. Y estando ansí enbolviendo le vido una señal, la más maravillosa que jamás en el mundo se viera, y era que el niño era el más fermoso y blanco que nunca se vido y avía en el braço siniestro una pequeña flor muy hermosa y bien fecha a manera de violeta, que era tan vermeja y encendida que semejava propiamente ser fecha de un rubí. Y cuando Filena le vido tan fermoso y la señal tan estraña con que nasciera, fue muy espantada, y por consolar a sus padres que estavan algún tanto cuitados a causa de que la infanta quedara muy quebrantada del parto le tomó medio enbuelto y se lo llevó al lecho donde la infanta estava y llegándose a ella con mucho plazer le dixo:

–Mi buena señora, alegradvos y dad gracias a Dios porque vos fizo madre de tan fermosa criatura.

Y diziendo esto se lo puso delante y la infanta le tomó entre sus braços y, aunque estava mala, con el mayor gozo del mundo le besó con mucho amor, y cuando le vido tan fermoso no se fartava de lo mirar, y viendo la flor que en el braço tenía fue mucho maravillada y con las lágrimas en los ojos de mucho plazer le dio su bendición y le dixo:

–Fijo mío, Dios que tan fermoso te fizo te faga tal que parescas a tu padre, porque aunque no seas mejor que él me tendré por muy contenta; y pues que con tal señal nasciste, mi voto es que ayas por nombre Florambel de Lucea porque le alcançe parte de tu belleza y también porque participemos d'él tu padre y yo. [...]

Y ansí estavan los dos con su fijo con el mayor plazer del mundo, mas como la adversa fortuna embió Dios a de la próspera [...] quiso tan presto mudar esta tan sobrada alegría en amargos lloros y abundancia de lágrimas d'esta manera, que estando Florineo y la infanta con su fijo Florambel entre sí, sintieron muy gran estruendo en el castillo y vieron a desora abrirse con mucho ruido las puertas de la cámara y entrar por ellas un león, el más espantable del mundo, y eran tan grande como un gran cavallo y tan fiero que espanto era de lo mirar, y venía echando muy grandes llamas de fuego por las narizes y por la boca y por los ojos, y dando tan grandes saltos y bramidos que todo el castillo fazía resonar. Y det´ras d'él venía un home viejo y muy anciano con la barba fasta la cinta y tan blanca como la nieve, que avía los ojos tan resplandescientes que semejavan dos antorchas encendidas, y el león se mostrava siempre más bravo y se venía a mucha priessa contra el lecho donde la infanta y Florambel estavan, y cuando ella y Filena vieron cosa tan desemejada y espantosa ovieron tan gran miedo que sin ningún sentido quedaron tales como muertas. Florineo, que aquello vido, aunque en gran pavor fue metido, no le faltó su bravo coraçón, antes con gran ardimiento se levantó de donde estava, y fue a tomar a gran priessa su espada y manto que junto de sí tenía, y metiendo mano a ella embraçó el manto

y arremetió para el león con mucha ira porque en tal rebato pusiera a su señora y diole tan gran golpe por cima de la cabeça que la espada le saltó de la mano bien lueñe sin le fazer mal ninguno y el león le echó sus duras uñas por cima del manto de guisa que cuanto d'él alcançó llevó tras sí; y como Florineo se vido sin espada y tan junto con el león bien cuidó que la su muerte era llegada, y con mucho esfuerço entró con él y le trabó con las manos por la garganta tan fuertemente que cuidó de lo afogar, mas el león le echó sus duros braços por cima de los ombros a las espaldas con tanta furia que le semejava a Florineo que todos los huesos le menuzavan y que le fincava las uñas fasta las entrañas. Y mientras que ellos estavan assí abraçados, el viejo que vos diximos se fue para el lecho de la infanta y tomando a Florambel entre sus braços dixo:

–Ya d'esta vez no vendrá tanto daño al mundo por ti como algunos cuidavan, porque yo te pondré en tal parte que muy poco mal puedas fazer. [...]

Y el anciano, desque tuvo al niño en su poder, se tornó para la puerta de la cámara y con mucha priessa salió fuera. Y en saliendo, el león soltó a Florineo, dexándolo muy quebrantado y se salió tras d'él, y luego desaparecieron los dos, que nunca más los vieron. (I, cap. 20, ff. 28v-29v).

7. La aventura del Caballero Bobo

A esta hora llegaron a una encruzijada donde se partían muchos caminos y en ella vieron estar un cavallero armado de unas armas pardas muy ricamente obradas y que en el escudo tenía pintada una donzella que dormía sobre un verde prado, y el cavallero parescía en sí muy apuesto y aver en él gran bondad; el cual estava solo sin escudero ninguno y a pie y tendido en el campo y acostada la cabeça a un árbol, y en el mismo árbol tenía arrendado un muy buen cavallo y arrimada una gruessa lança y el escudo y el yelmo muy cerca de sí; el cual estava tan desacordado y pensativo que Florambel y su escudero cuidavan que dormía; y muy maravillados de quién podría ser aquel cavallero que tan bien parescía y de cómo estava en aquella guisa, anduvieron por su camino fasta que llegaron bien cerca de donde el cavallero estava; el cual, como sintió las pisadas de los cavallos, alçó la cabeça por ver quién venía; y cuando vido que era un solo cavallero, tornó acostar la cabeça al árbol sin fazer ninguna mudança y tornóse a meter en su pensamiento como de primero, y aunque pasaron el Cavallero de la Flor Vermeja y su escudero no les dixo cosa alguna ni ellos a él tampoco [...] Y estando a la mesa fablando con el florestero ya que casi avía acabado de cenar, llegó el cavallero que viera en la encruzijada, el cual los saludó muy cortésmente y ellos le tornaron las saludes. Y el cavallero se entró a fazer dar recaudo a su cavallo y entre tanto Florambel preguntó al florestero que le dixesse si sabía quién era aquel cavallero y el florestero le respondió que no sabía más de su fazienda cuanto se llamava el Cavallero Bovo [...] Florambel, que aquello oyó, fue muy maravillado y crecióle mucho el desseo que tenía de saber quién fuesse el cavallero y por qué causa tenía aquel nombre y qué aventura esperava en aquella guisa. Y en esto vino el cavallero y se sentó a cenar y servíanle a la mesa dos fijos del florestero y Florambel lo estava mirando mientras que cenava, porque le parescía muy bien y porque le vía que siempre perseverava en estar muy pensativo, tanto que muchas vezes holvidava de llevar el bocado a la boca; y tam-

bién vido que estava algo descolorido y que tenía el semblante muy triste y que en él parescía tener algún gran dolor en su coraçón, por lo cual acordó de saber la causa de su tristeza y determinó de se le preguntar en acabándose la cena. (III, cap. 25, ff. 174r-v).

8. De cómo fue hecha dueña la más hermosa doncella del mundo

Se vistió [*Graselinda*] de muy fermosas y ricas ropas que Ricandia le tenía aparejadas y sobre sus dorados cabellos que sueltos llevava se puso una muy rica guirnalda de oro con inestimable pedrería con la cual parecía tan fermosa que Ricandia que la mirava estava espantada y díxole riendo:

–Cuanto que yo fermosa señora, si cavallero fuesse, viéndome assí a solas con vos no sé lo que faría, aunque cuido de Florambel, que según es de mesurado, no osará llegar a vos.

Graselinda se folgó mucho de lo que Ricandia le dixera, aunque ovo algún tanto de vergüença, y abraçándola con una graciosa risa le dixo:

–Dexemos agora mi buena amiga de fablar en esso y vamos a ver aquel buen cavallero que ya cara havrá comprado mi vista según lo que le havemos fecho esperar. [...]

[*Florambel*], como se vido solo con su señora, que hera la cosa que más desseava y havía codiciado en este mundo, desechando todo empacho, procurava de pagar a su abrasado coraçón las grandes cuitas y mortales desseos que por su causa fasta allí avía sostenido; y tomándola entre sus braços la començó a abraçar y besar muy dulcemente, mezclando en medio muy amorosas fablas, y aunque ella le rogava muy afincadamente que no fiziesse cosa con que desonra le viniesse, él se dio tan buena manera que aunque no sabía mucho de aquel menester como aquel que nunca en otro tanto se viera, enseñado del gran amor que a la infanta tenía, fizo tanto que no aprovechándole a ella las sus onestas defensas al fin fue dueña aquella noche la más fermosa donzella del mundo por mano del mejor cavallero que en él havía ; y ansí estuvieron los dos con el mayor deleite y gloria que jamás amantes tuvieron. (V, cap. 21, ff. 314r-315r).

42. **FLORAMBEL DE LUCEA** (III)

de Francisco de Enciso Zárate
(mediados del siglo XV)

por
José Manuel Lucía Megías

TESTIMONIOS

[1] Real Biblioteca (Madrid): ms. II.3285 [→]
[2] Biblioteca Nacional (Madrid): ms. 9.424 [→]

BIBLIOGRAFÍA: Eisenberg-Marín: nº 1775. **ESTUDIOS**: Lucía Megías (1996, 1997 y 2001b).